

LA IGLESIA EN EL MUNDO DE HOY

BAJO EL SIGNO DE LA RECONCILIACION SE ABRIÓ AYER LA XIX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Los prelados subrayaron con un aplauso la unión del Episcopado con el Papa y con su representante en España

«QUE LA FE NO SEA NUNCA CAUSA DE DIVISION ENTRE LOS ESPAÑOLES», DIJO EL CARDENAL TARANCON EN SU DISCURSO

Clima sereno en la apertura de la XIX Asamblea Plenaria del Episcopado. El ambiente de la casa de ejercicios del Pinar de Chamartin ha ido ganando en sencillez a lo largo de las Asambleas. Y en la que ayer abrió sus puertas no se registraba nada parecido a la tensión. Algún periodista que ayer por primera vez acudía a las sesiones mostraba su asombro por el aire de fraternidad y sencillez de los obispos, por la falta de empaque del ambiente. «No tiene nada que ver con lo que la gente se imagina», decía.

Tampoco eran muchas las noticias. El aire de politización que se presentía en semanas pasadas no aparecía por lugar alguno.

En rigor —aparte del importante discurso leído emocionadamente por el presidente de la Asamblea— la única «noticia», lo único novedoso, fue el aplauso de todos los obispos —todos sin excepciones visibles— al nuncio de Su Santidad, cuando ayer su gestión fue cálidamente elogiada por el cardenal Tarancón. Son pocos los obispos en aplausos. No recuerdo que en ninguna de las anteriores Asambleas se interrumpiera el discurso del presidente para aplaudir. El cálido aplauso a monseñor Dadaglio era por ello novedad.

Noticia también, en cierto modo, la progresiva apertura a la Prensa. El telón del secreto comienza a convertirse en cortina de discreción, mantenido sólo el secreto para lo que realmente deba serlo.

Hoy la crónica se reduce, pues, a resumir las muchas importantes cosas que el cardenal presidente dijo en los quince folios de su discurso. Palabras a la vez serenas y comprometidas, que ni esquivan problemas, ni abren heridas. En ellas parece resumirse —mejor que en ninguna impresión del periodista— el espíritu de la Asamblea que ayer comenzó.—P. MARTIN DESCALZO.

la obediencia a sus mandatos, sino la docilidad absoluta a sus deseos e insinuaciones— se manifieste con toda claridad delante de los fieles.

Y es de justicia —y cumplo al hacerlo un gratisimo deber— manifestar públicamente nuestra gratitud a Pablo VI por las atenciones, las deferencias y la confianza que nos ha manifestado en todas las ocasiones. Más de una vez me he sentido hondamente conmovido en las distintas visitas —largas y amistosas— que le he tenido que hacer por la amabilidad como me trataba —amabilidad que iba dirigida a todo el Episcopado— por la confianza que manifestaba a nuestra Conferencia y hasta por la esperanza que me infundía cuando, quizá, en algunos momentos por circunstancias especiales me sentía yo un poco triste y acongojado. «Dominus conservet eum».

Y, ¿me perdonará el señor nuncio que nos acompaña si añado que el representante del Papa en España facilita al máximo nuestra reconciliación y comunión con él porque encontramos siempre en su trato una comprensión, un deseo de ayuda y, sobre todo, un corazón auténticamente pastoral que comparte perfectamente nuestras preocupaciones de pastores y nos da aliento en nuestros desfallecimientos?

Dios se lo pague, señor nuncio, y puedo asegurarle que todos los obispos españoles le queremos, le comprendemos y le agradecemos su sincera colaboración.